



CARLOS ACOSTA CÓRDOVA

Hizo bien el presidente Enrique Peña Nieto en cambiar el formato de la presentación pública de su cuarto informe de gobierno, el 1 de septiembre.

Nunca un presidente de la República, al menos en la historia reciente del país, había llegado con tan pésimo balance de su gestión a estas alturas del sexenio. Por eso, nada podría decir Peña Nieto en un mensaje tradicional de logros y avances; de noticias de un futuro mejor para los mexicanos.

No los hay.

Sí, por el contrario, el presidente de las reformas estructurales, el de la transformación y modernización del país, el que llegó con vitalidad, fuerza y energía en un momento que se creía de gloria y que señalaba un futuro promisorio para el país -*Mexico's moment*, se decía en el extranjero-, llega, por decir lo menos, empequeñecido.

Ni la sombra del que asumió la Presidencia el 1 de diciembre de 2012, con todas las bendiciones y expectativas posibles, dentro y fuera del país.

Peña Nieto arriba a su informe de este jueves con el índice de aceptación popular más bajo, jamás visto para un presidente, marcado por la corrupción; manchadas de sangre las manos; incapaz de reducir los índices de inseguridad pública; ineficaz para abatir la delincuencia organizada y, en particular, el narcotráfico.

Y lo peor, en materia social y económica su gobierno arroja los peores resultados, comparado con los tres que lo antecedieron. Han sido insignificantes sus esfuerzos para bajar la desigualdad social y la pobreza. La economía ha registrado el crecimiento más mediocre de los últimos 25 años. El ejercicio del gasto público ha sido en extremo oscuro; crece y crece, pero no contribuye al crecimiento de la economía. Las finanzas públicas se llevan tan "en orden" que la deuda pública ha crecido más de 10 puntos porcentuales del Producto In-

terno Bruto (PIB) en lo que va del gobierno, una velocidad de endeudamiento que no se veía desde José López Portillo.

Esto último ha traído como consecuencia que, apenas la semana pasada, dos de las grandes calificadoras internacionales, Standard & Poor's Global Ratings (S&P) y Moody's Investors Service, hayan bajado la perspectiva de largo plazo del gobierno mexicano, de "estable" a "negativa".

Eso quiere decir, en términos llanos, que los mercados financieros le han perdido la confianza al país en su conducción económica, sobre todo de la política fiscal, que comanda Luis Videgaray Caso, el titular de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (CHCP).

Ambas agencias calificadoras le dieron una paliza al gobierno mexicano la semana pasada. El martes 23, S&P señaló que México ha hecho más reformas estructurales que ningún otro país emergente, "pero su tasa de crecimiento ha sido decepcionante, debido parcialmente a factores no económicos". Incluso reconoció que en México



En agosto, el mes previo a su cuarto informe de gobierno, Enrique Peña Nieto alcanzó su nivel más bajo de aprobación popular, lanzado a un tobogán vertiginoso tras sus escándalos de presunta corrupción, conflictos de interés y conductas antiéticas. Todo en medio del agravamiento de la violencia y de las violaciones a los derechos humanos a lo largo del país, y en un entorno de desastre económico nacional sin precedentes.

ese indicador, a junio de este año, a casi 8.9 billones (46.9% del PIB). Es decir, tres billones de pesos más de deuda, 10.5 puntos porcentuales del PIB, en tan sólo tres años y medio.

El SHRFSP es la expresión más amplia de la deuda, pues incluye la deuda neta del sector público presupuestario, las obligaciones netas del Instituto para la Protección al Ahorro Bancario (IPAB), del Fondo Nacional de Infraestructura (Fonadin), los Proyectos de Impacto Diferido en el Registro del Gasto (Pidiregas) y los programas de apoyo a deudores, así como las deudas de la banca de desarrollo y de los fondos de fomento.

Ninguno de los dos presidentes anteriores hizo algo similar en su sexenio completo: Vicente Fox inició con una deuda de 2.05 billones de pesos (30.3% del PIB) y la dejó en casi 3.14 billones (28.8% del PIB).

Es decir, el primer presidente panista endeudó al gobierno con 1.1 billones adicionales, pero como porcentaje del PIB la redujo en -1.7 puntos porcentuales, pues de 30.5% del PIB, la bajó a 28.8%.

Felipe Calderón Hinojosa, segundo presidente panista, todavía bajó la deuda a 27.55% del PIB en su primer año de gobierno, 2007. Inició su gobierno en diciembre de 2006, con una deuda de 3.14 billones de pesos (28.77% del PIB) y la dejó, al término de su sexenio, en 5.9 billones (36.4% del PIB).

Es decir, en sus seis años de gobierno Calderón aumentó la deuda neta total en casi 2.8 billones de pesos: unos 7.6 puntos porcentuales del PIB, mientras que Peña Nieto, en tres años y medio, ya le metió 3 billones de pesos, unos 10.5 puntos porcentuales del PIB. Y eso sin que haya padecido una recesión estadounidense al principio de su gobierno, como le sucedió a Fox; mucho menos una severa crisis financiera internacional –que hizo caer a la economía mexicana en poco menos de 5%–, como la que tuvo que sortear Calderón.

En picada

Desde antes de la elección presidencial de 2012, Peña Nieto y su entonces coordinador de campaña, Luis Videgaray, criticaban a los gobiernos de los últimos 25 años –de Miguel de la Madrid a Felipe Calderón– porque no habían sido capaces de superar un mediocre crecimiento económico: en promedio, de poco más de 2%.

Peña Nieto prometió incluso que en su gobierno la economía crecería tres veces esa ínfima cifra de 2%. Apostaba a que, sobre todo después de la primera mitad del sexenio, creciendo “de manera sostenida” al 6%.

Para su cuarto informe, el mandatario priista llega con una economía que sigue creciendo al mediocre 2%. Y no hay indicios de que en adelante las cosas vayan a ser mejores.

Si se compara el desempeño económico de los primeros 14 trimestres, o tres años y medio de Peña Nieto con igual lapso de los gobiernos de Zedillo, Fox y Calderón, el del actual presidente supera necesariamente a sus dos antecesores panistas. No así a Zedillo, quien de los cuatro ha sido el del inicio más caótico y desastroso.

El comienzo de las gestiones de Fox y Calderón fue complicado. El primero, desde su primer año de gobierno, debió padecer la recesión en Estados Unidos generada por los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York y al desplome de las empresas tecnológicas, las llamadas “punto com”.

Además, afectó ese inicio de Fox la entrada de China a la Organización Mundial del Comercio, con lo cual desplazó a México como segundo exportador a Estados Unidos.

Por eso, prácticamente los dos primeros años de Fox fueron de atonía económica. Sólo en el primer trimestre de 2001 hubo crecimiento, un magro 1.2% real anual; los siguientes cuatro trimestres fueron de caídas del PIB.

En el tercer año no hubo bajas, pero el crecimiento económico no llegaba ni si-

hay “debilidades en la gobernabilidad, que reflejan en parte una débil aplicación de la ley y la percepción de corrupción; hechos que limitan los beneficios de estas reformas, especialmente en la inversión”.

Por su parte, Moody's apuntó “el débil desempeño económico de México y las continuas dificultades externas, que pondrán a prueba los esfuerzos de consolidación fiscal del gobierno federal y el riesgo de que aumenten los niveles de deuda”. Advirtió: “Aunque el nivel de deuda de México es moderado, el gobierno tiene menos margen de maniobra fiscal que el que tenía hace 10 años”.

La preocupación de las calificadoras por el crecimiento de la deuda pública no es gratuita. Con Peña Nieto en la Presidencia y Luis Videgaray en la SHCP, la deuda pública neta ha crecido en tres años y medio 10.5 puntos porcentuales del PIB.

De iniciar el gobierno con un Saldo Histórico de los Requerimientos Financieros del Sector Público (SHRFSP) por 5.9 billones de pesos (36.4% del PIB), ha llevado